

MARI JUNG STEDT

Antes de que
lleguen las nubes

Traducción:

CARMEN MONTES CANO



MAEVA | NOIR

*A mi queridísima amiga,
la espléndida Lilian Andersson Tjäder,
mil gracias por cuarenta años de amistad.*

Los escenarios de la novela





Prólogo

MIENTRAS CONDUCCIÓN POR el camino de grava divisó a lo lejos la casa solariega, que se alzaba majestuosa al fondo del paseo de abedules y, desde ese instante, empezó a sentir la misma presión de siempre en el pecho. Era a última hora del día, casi al atardecer, y el sol había empezado a teñir el cielo de rojo.

La vivienda se veía imponente en la cima de la colina y conducía a un canal que desembocaba en el mar. A simple vista tenía un aspecto idílico. Era amarilla, con las esquinas pintadas de blanco y las ventanas cuarteadas; tenía una explanada de grava en perfecto estado y una cabaña de aperos del siglo XVIII en una pendiente que descendía hasta el canal. Recordaba con cariño muchas cosas de la casa de su infancia en Suecia, entre ellas el huerto de manzanos, con el muelle junto al lago donde podían salir en canoa y surcar el canal con la lancha motora para ir a pescar a las islas del archipiélago.

Dirigió la vista hacia el añoso roble de nudosas ramas, donde de niño se construyó un chamizo para esconderse de sus padres y sus hermanas mayores cuando quería que lo dejaran tranquilo. La vieja cabaña de aperos, en la que podía encerrarse como si estuviera estudiando cuando en realidad solo quería estar solo. La criada, con el delantal blanco y una pañoleta estampada de flores en el pelo, que tocaba con estridencia la oxidada campanilla de la cocina para avisar de que era la hora de comer. Los recuerdos acudían a él, iban pasando por su memoria como una película antigua.

En cuanto entró en el vestíbulo, sintió que le costaba respirar. Era como si el tiempo se hubiera detenido. La misma atmósfera, el mismo

olor. Llegó incluso a creer que aún notaba un leve aroma al humo de la eterna pipa de su padre impregnado en el papel con motivos en verde de las paredes. Se mezclaba con el vago toque de humedad de las vigas de madera y el jabón usado en las constantes tareas de limpieza de la casa. Su madre siempre fue una maniática: la casa tenía que estar bien ordenada, los niños tenían que ser educados e ir debidamente peinados, impecables y limpios, perfectos y bien vestidos. Justo igual que ella y su padre, cuyo aspecto era siempre impecable.

Y, en el interior de la casa llena de robustos muebles antiguos, relojes de péndulo, estufas de cerámica en cada habitación, el papel de estampado floral de las paredes, las arañas de cristal, el estuco del techo, las gruesas alfombras, todo se encontraba perfectamente colocado. Suponía que a su madre le infundía cierta seguridad que todo estuviera en orden, que no se produjeran imprevistos; todo debía planificarse y meditarse. En aquella casa no había cabida para la espontaneidad o la expresión de los sentimientos. Ella había construido su existencia en torno a la predictibilidad.

Dentro siempre hacía fresco, entraba algo de corriente de los altos ventanales, que solían tintinear cuando el viento soplaba con violencia. Recordaba que, durante los años que estuvieron viviendo allí, siempre pasaba un poco de frío. Nunca se acostumbró del todo al frío.

La puerta del despacho de su padre estaba entreabierta y se imaginó su figura allí dentro, con la consabida chaqueta marrón de botones semiesféricos y coderas de piel. Revisando archivadores y pilas de documentos. A veces hablaba por teléfono, mantenía largas conversaciones en voz baja. En alguna que otra ocasión recibía visita. Hombres trajeados que apenas saludaban y que pasaban largas horas allí sentados tras la puerta cerrada. De qué hablaban o qué hacía exactamente su padre desde que se mudaron a Suecia era algo que en realidad nunca había llegado a averiguar. Cuando su padre falleció, seguía siendo un extraño para él.

Se quitó la chaqueta, pero no los zapatos. No pensaba quedarse más de lo necesario. Se encaminó resuelto a la amplia cocina cuya puerta de servicio daba al jardín.

Por urgente que fuera el motivo de su presencia allí, y por deseoso que estuviera de resolverlo cuanto antes, no pudo evitar detenerse a echar una rápida ojeada a su antiguo cuarto infantil. Al bajar el picaporte notó la tensión en la mandíbula. La cama seguía donde siempre. La misma colcha azul de cuando cumplió trece años. Por lo general, sus padres siempre le regalaban cosas útiles. Todo lo demás eran, según ellos, paparruchas innecesarias. La mesa gastada bajo la ventana, con su cartapacio de plástico verde descolorido por el sol, que siempre estuvo allí.

Habían dejado un único juguete en el cuarto, el osito que sus abuelos maternos le habían regalado cuando cumplió siete años, y con el que dormía de pequeño por las noches. Le faltaba un ojo. Casi daba miedo que siguiera allí como si nada hubiera ocurrido en todo ese tiempo. De pronto volvió a sentirse como un niño, aunque habían transcurrido casi treinta años desde que se mudó de casa.

Cerró la puerta enseguida y se dirigió resuelto al despacho de su padre. Al llegar al umbral se detuvo de pronto. El escritorio inglés del siglo XIX de estilo rústico y en madera de caoba ocupaba la mayor parte de la habitación; el viejo sillón giratorio de piel marrón se encontraba detrás.

Las paredes estaban cubiertas de estanterías, y olía a piel y un poco a tabaco. Se sentó en el sillón, que rechinó un poco bajo su peso. Abrió uno de los cajones del escritorio, rebuscó entre el contenido. No encontró nada interesante y continuó metódico con el siguiente. Muy a conciencia repasó un cajón tras otro, pero la mayoría de lo que encontraba era basura: sobres vacíos, recibos antiguos, facturas pagadas y otros documentos que ya no tenían validez. Por fin llegó al último y encontró la caja en la que su padre guardaba las pipas. Las habían dejado allí, al igual que el tabaco, que estaba en la bolsita de terciopelo. Sabía que su madre no había querido deshacerse de nada después de que su padre falleciera, de modo que seguían conservando la mayoría de sus cosas, a pesar de que hacía ya diez años de su muerte.

Sacó una de las pipas y la cargó mientras pensaba en el siguiente paso. ¿Dónde podría buscar ahora?

Enseguida encontró una caja de cerillas, se llevó la pipa a los labios y la encendió. Dio unas caladas. Sabía diferente, pero bastante bien. Sobre todo, le recordaba al olor de su padre.

De pronto vio una cómoda que había en un lateral. Tenía varios cajones pequeños y algunos más grandes. Apoyó la pipa en el cenicero y se puso a buscar. Encontró una carpeta con su nombre. Contenía viejos libros de calificaciones, fotografías escolares y documentación de reconocimientos médicos. No tardó en descubrir un sobre abierto que contenía una carta. La habían devuelto al remitente.

Empezó a leer y, una vez que tuvo claro el contexto, se le quedó la mente en blanco. Acababa de ver confirmados sus peores temores. Con el corazón latiéndole acelerado en el pecho, retrocedió hasta el sillón y se desplomó en él con la mirada clavada en la carta.

En ese instante, se convirtió en otra persona.

EL COCHE SERPENTEABA por la empinada carretera de los montes andaluces, cuyas fértiles laderas se extendían salpicadas de pueblecitos blancos como terrones de azúcar. Ahora, en primavera, todo estaba verde y frondoso, y al fondo se divisaban las altas cumbres de la Serranía de Ronda.

Y allí se dirigían los cuatro amigos, a Ronda, situada a poco más de cien kilómetros de Málaga, un auténtico tesoro cultural y una de las ciudades más antiguas de España. Hacía mucho que tenían planeado ese viaje de fin de semana.

Florián Vega, que iba al volante, era el único español del grupo. Había nacido y se había criado en la provincia malagueña, y tenía fama de ser un fiscal muy combativo. Estaba casado con una sueca, Marianne, a la que había conocido en un vuelo entre su ciudad y Las Palmas hacía más de treinta años, cuando ella era azafata. Fue un flechazo, y Florián se le declaró seis meses después. Primero estuvieron viviendo un tiempo en Suecia, pero cuando él decidió que quería estudiar Derecho, se mudaron a España. Marianne aceptó la idea de irse a vivir a Málaga y tuvieron tres hijos bastante seguidos. Todos ellos eran ya adultos y se habían independizado.

De ahí que, en el amplio chalet de principios de siglo de El Limonar, un barrio próspero de las afueras de Málaga, resonara el eco del vacío, pero eso a Florián no le preocupaba demasiado. Tenía más que de sobra con su vida, tanto en lo laboral, por su

trabajo de fiscal, como en lo personal. Al contrario, para él era un alivio que sus hijos se hubieran emancipado. Eso implicaba que a él le quedaría más tiempo para sus aficiones, para su vida futura. Llevaba varios años sintiendo la necesidad imperiosa de romper con la rutina de siempre. Al principio pensó que tal vez fuera la edad, una crisis pasajera propia de los cincuenta. Lo de hacerse viejo resultaba estresante: el pelo, que se iba cayendo, la panza, que iba creciendo, y el miedo a perder vigor y al cáncer de próstata. De las mujeres y sus problemas con la menopausia sí que hablaban sin parar, pero nadie pensaba en las obsesiones y los achaques que la edad causaba en los hombres.

Sin embargo, una serie de acontecimientos totalmente inesperados habían cambiado su visión de la vida en los últimos tiempos. Ya no pensaba que se tratara de una crisis, sino más bien de una evolución; una nueva fase interesantísima, otra oportunidad. La segunda mitad de la vida había hecho su entrada a bombo y platillo, y él la esperaba entusiasmado con alegría y confianza.

Miró de reojo a Marianne, que iba a su lado en el coche. También a ella empezaban a notársele los años. Florián se había percatado de que le habían aparecido nuevas arrugas alrededor de la boca y en el cuello. Y también el pelo, teñido de henna roja, se veía ahora más escaso.

Iba mirando por la ventanilla con las gafas de gruesa montura redonda, y se preguntó en qué estaría pensando. La relación entre los dos estaba algo tensa. Él esperaba que no se notase. Era muy consciente de que a Eva y Peter, sus amigos suecos, les hacía mucha ilusión pasar un fin de semana con ellos y divertirse. Nunca habían estado en Ronda, y él esperaba que el viaje transcurriera sin riñas ni contratiempos entre su mujer y él. Sus amigos habían vendido la empresa de decoración de interiores que tenían en Suecia y se habían mudado hacía un año, de modo que aún eran bastante novatos en Málaga y les faltaba mucho

por ver y por disfrutar. Vivían junto al mar en un apartamento de Pedregalejo, que fue en su día un pueblo de pescadores y que en la actualidad se había convertido en un barrio de Málaga lleno de vida, y dedicaban la mayor parte de su tiempo a jugar al golf y a salir con los amigos.

Eva y Peter iban en el asiento trasero y el silencio empezaba a hacerse molesto en el coche. Para aligerar el ambiente, Florián subió el volumen de la radio y, con unos gritos entusiastas, consiguió que todos se pusieran a cantar el último éxito latino mientras continuaban el ascenso por la carretera llena de curvas.

Finalmente llegaron a una espléndida meseta desde la que pudieron contemplar la ciudad, inexpugnable en apariencia, desplegada sobre una escarpada montaña de empinadas lomas que daban al vertiginoso panorama de una sierra atestada de mesetas y montes. Aunque estaba un poco nublado, la vista era espectacular.

—¡Oh, qué maravilla! —exclamó Eva desde el asiento trasero cuando ya entraban en la ciudad—. ¿Veis ahí el famoso puente? Es tan sobrecogedor como en las fotos. ¿No podemos parar unos minutos?

—Por supuesto que podemos —dijo Florián.

Aparcó en el arcén para que todos pudieran salir y disfrutar de una primera impresión. El Puente Nuevo se construyó en el siglo XVIII sobre un barranco con la intención de comunicar el núcleo antiguo de Ronda con la parte nueva. El puente de piedra, con sus tres bellos arcos de estilo oriental, era testimonio de la influencia árabe en Andalucía.

En el fondo del barranco, a ciento veinte metros de profundidad, fluía el río Guadalquivir. Eva se apartó el pelo de la cara y le puso a Marianne la mano en el hombro con delicadeza.

—Fíjate, es pura magia —le dijo emocionada al tiempo que hacía un amplio gesto señalando con el brazo—. Resulta tan enigmático cuando las laderas caen en picado en la hondonada,

con el puente entre la niebla... —continuó soñadora—. Como sacado de *El señor de los anillos* o algo así.

—Ya... —respondió su amiga un tanto ausente mientras miraba angustiada a Florián, que se había apartado a una distancia prudencial y hablaba por el móvil de espaldas a ellos.

—Venga, vamos al puente —dijo tirando de Marianne—. Quiero ver qué se siente.

Se acercaron al viaducto junto con Peter y, una vez allí, sintieron vértigo al mirar a las profundidades del barranco. Por encima de las paredes verticales de la montaña, las casas encaladas que bordeaban el filo de la roca a ambos lados del puente parecían a punto de caer al fondo del precipicio en cualquier momento.

FLORIÁN HABÍA TERMINADO de hablar y se unió a los demás. Había estado en Ronda muchas veces y les iba explicando todo lo que veían. Después de varios años viviendo en Suecia, hablaba sueco con soltura, lo cual era perfecto, puesto que Eva y Peter solo sabían unas pocas frases en español.

—Desde aquí no se ve, pero en los cimientos, debajo de la pasarela, hay celdas donde antes encerraban a los condenados a muerte —comenzó—. Que sepáis que aquí han sucedido cosas terribles a lo largo de los años. Seguro que el arquitecto que diseñó esta obra maestra ignoraba que terminaría siendo su muerte. Un día de mucho viento se le voló el sombrero, y al alargar el brazo para recuperarlo cayó al vacío y se mató.

—¡Madre mía, qué espanto! —exclamó Eva con cara de horror.

—Pues espera, que hay más —se animó Florián con cierta satisfacción en la voz—. Durante la guerra civil española, a los partidarios de Franco los arrojaban ahí. El mismísimo Ernest Hemingway lo contó en uno de sus libros, no recuerdo cuál. Él pasó mucho tiempo en Ronda, le encantaba esta ciudad.

—Qué pasada —dijo Peter—. No tenía ni idea.

—Por si fuera poco —continuó Florián visiblemente entusiasmado con su papel de guía turístico—, el mismo arquitecto que diseñó la estructura fue también el autor de la célebre plaza de toros de Ronda, que es la más antigua de España. Antes arrojaban desde aquí arriba a los caballos heridos en la plaza, los lanzaban desde los acantilados al fondo del barranco.

—Anda ya, ¿en serio? —Eva miró horrorizada a las profundidades y Marianne puso cara de espanto.

Era espeluznante pensar que hubieran ocurrido semejantes barbaridades allí mismo, justo donde ellos se encontraban.

Florián señaló hacia las montañas.

—Allí se ven la sierra de las Nieves y la sierra de Grazalema, casi dos mil metros sobre el nivel del mar. Aún hay nieve en las cumbres. Pero parece que va a empeorar el tiempo —observó mirando al cielo—. Yo diría que se acerca un banco de nubes.

—¿Hay algún lugar desde el que pueda verse el puente de lejos? —preguntó Eva—. Me gustaría tomar algunas fotos a distancia.

—Claro. —Florián echó a andar de nuevo hacia el coche—. Cuando estemos instalados en el hotel os enseñaré un sitio con unas vistas preciosas. Pero hay que darse prisa, antes de que lleguen las nubes.

LISA HAGEL SIEMPRE sentía el mismo agobio cuando llegaba el momento de subir a bordo. En cuanto ponía un pie en la máquina de volar, ya era demasiado tarde para arrepentirse, demasiado tarde para bajarse. Como de costumbre, echó una ojeada a la cabina y atisbó el complejo panel de control, y a los pilotos, con sus camisas blancas recién planchadas, que ya se preparaban junto a los mandos. En esos momentos, siempre le venía a la cabeza la misma idea: «¿Y si esta fuera la última vez, la despedida, el final? ¿Y si nos estrellamos contra el suelo y morimos todos? Y, cuando eso suceda, ya sabemos que no hay nada que podamos hacer. Nada».

Si el avión empezaba a dar bandazos, perdía velocidad, y ese cuerpo de acero de proporciones gigantescas caía por el aire, no servirían de nada ni los rezos ni los chalecos de debajo del asiento ni las máscaras de gas. Un pensamiento le pasó por la cabeza como un rayo. Quizá fuera mejor que todo terminara ahora. Quizá ya había disfrutado en la vida de la porción de felicidad que le correspondía, esa felicidad que tan brutalmente le habían arrebatado y que hizo que su existencia entera se tambaleara en unos minutos. Sencillamente, quizá hubiera llegado el momento.

Lisa sintió un escalofrío y trató de borrar aquellos pensamientos tan lúgubres. ¡Venga ya! No se había venido abajo ni había caído en ninguna depresión, a pesar de que acababa de vivir una experiencia que había puesto toda su vida patas arriba.

Ella y Axel, ahora ya su exmarido, habían vendido la casa de Gamla Enskede, a las afueras de Estocolmo, en tiempo récord. Así consiguió el dinero suficiente para atreverse a dejar el trabajo de profesora de sueco y de español y hacer realidad su viejo sueño de comprarse una casa en Andalucía. Estaba para reformar, desde luego, pero se encontraba en un sitio precioso a las afueras del soñoliento pueblecito de Benagalbón. A un cuarto de hora en coche del centro de Málaga. A Lisa siempre le había encantado España, un país que visitaba a menudo desde la adolescencia.

Tenía pensado ganarse la vida dando clases de español por internet, haciendo traducciones y encargos de interpretación, si le surgía alguno, ya que también había estudiado Interpretación. Con el tiempo, tal vez pudiera incluso buscar trabajo en el Colegio Sueco de Fuengirola. Se las arreglaría. Además, ahora mismo haría cualquier cosa por alejarse de todo. Tenía que dejar atrás toda la historia, todos los recuerdos, todo lo que le trajera a la memoria la vida compartida con Axel. Simplemente, no tenía otra salida; de lo contrario, sería su perdición. Claro que echaría de menos a sus hijos, pero ellos eran adultos, habían volado del nido y tenían su propia vida. Podrían verse, era sencillo volar entre Estocolmo y Málaga, y tampoco resultaba demasiado caro. Annie, su mejor amiga, vivía a las afueras de la ciudad y, gracias a que la había visitado innumerables veces a lo largo de los años, conocía a bastante gente en la zona. Le iría bien.

Lisa metió las gafas en el bolsillo del asiento de delante junto con la novela que a aquellas alturas ya se habría leído media Suecia, todos menos ella: *Aquí hay algo que no encaja*, de Martina Haag.

Trataba de una mujer que descubre que su marido le es infiel y la deja después de veinte años de convivencia y cuatro hijos, y de cómo ese descubrimiento la pilla por sorpresa. Y eso era exactamente lo que le había ocurrido a ella.

Su marido era profesor de la Universidad de Estocolmo y tenía bastante carga lectiva en el extranjero. De un tiempo a esta parte, iba y venía para trabajar todas las semanas en una de las universidades de Londres. Llegaba a casa los viernes por la noche, y dado que Lisa siempre terminaba pronto ese día, era ella la que solía preparar la cena.

Por lo general, él se duchaba y se ponía ropa cómoda cuando llegaba, luego ambos disfrutaban de una buena cena con unas copas de vino delante de la chimenea. A Lisa le encantaban aquellos momentos, los dos sentados en el sofá, en su casa de toda la vida en Gamla Enskede. Ella se acurrucaba en su regazo mientras conversaban sobre cómo les había ido la semana. Le encantaban sus brazos musculosos, la aspereza de la mejilla, el pelo rizado aún abundante y casi sin canas, pese a que había cumplido ya cincuenta y siete años. Para ella seguía siendo el hombre más guapo del mundo y se sentía privilegiada por poder pasar la vida con él.

Y entonces llegó aquel viernes, y las cosas cambiaron por completo. Aquel viernes que le destrozó la vida, que le mató las ilusiones. Treinta años quedaron pulverizados en unos minutos. Todo lo que habían compartido, todo lo que habían construido juntos durante toda una vida adulta. Como si no hubiera significado nada.

Aquel viernes en el que todo se fue al cuerno.

Colocó la mochila con el ordenador y unos libros en el portaequipajes que tenía sobre el asiento y se dejó caer en su sitio, junto a la ventana. El avión estaba bastante vacío, quizá el efecto Greta Thunberg se notara también en eso.

Por el momento, nadie se había sentado en la fila donde iba ella, y esperaba que siguiera siendo así. Lisa necesitaba estar tranquila para darle vueltas a sus pensamientos y no quería que le tocara al lado un extraño que, en el peor de los casos, tuviera incluso ganas de conversación.

Se puso el cinturón de seguridad y miró por la ventanilla. Ya estaba en camino, lejos de la vida en casa, lejos de los hijos, lejos de los amigos, del trabajo, de todos los círculos que se había ido construyendo a lo largo de los años.

Precisamente en ese momento Axel y ella debían recoger los frutos de toda una vida llena de sacrificios. Sus hijos, Victor y Olivia, tenían más de veinticinco años y se las arreglaban solos. Ahora era cuando iban a poder viajar, darse el lujo de comer fuera entre semana, tomarse una copa de vino e ir al Museo Moderno un miércoles cualquiera. Pasar un puente en París. Eso era lo que habían acordado, lo que esperaban hacer juntos. Tendrían tiempo de pensar en sí mismos, y también el uno en el otro.

En cambio, allí estaba, sentada en un avión rumbo a una nueva vida. Y Axel había conocido a otra. Todo había sucedido tan rápido que la pilló completamente desprevenida. A él, en cambio, lo vio muy resuelto. Al parecer llevaba tiempo madurándolo sin que ella hubiera advertido nada.

A través de las ventanillas del avión vio que iban cargando el equipaje. El sol brillaba y el cielo era de un azul intenso que solo puede tener a finales de abril. Con esa luz fresca tan añorada después de un invierno largo y oscuro. Los jardines se veían verdes, ya empezaban a asomar las hojas de los abedules y el magnolio no tardaría en florecer en la parcela de su antigua casa.

Lisa había decidido celebrar la Pascua con sus hijos antes de marcharse, y así lo hizo. Celebraron la cena en el apartamento de Olivia, en Södermalm. Victor fue con su novia. Pintaron huevos y disfrutaron del bufé de arenques, salmón, diversos platos preparados con huevo y cordero. Habían escondido los típicos huevos llenos de dulces por la casa, y después de comer cada uno se puso a buscar el suyo. Lisa no tenía ni idea de cómo celebraría la Pascua Axel.

La azafata, que, con los brazos delgados y rectos, y unas uñas perfectamente pintadas, iba indicando dónde se encontraban

las salidas de emergencia, tenía una figura bonita y seguro que no más de treinta años. Con la cara lisa bien maquillada, perfilador de ojos negro y un rojo sensual en los labios. Morena, con un moño en la nuca. ¿Sería así la joven pareja de su exmarido?

Lisa no lo sabía. Su nuevo amor vivía en Inglaterra y él no había querido decirle cómo se apellidaba. Lisa la buscó en Facebook y en Instagram, pero no encontró nada.

En el instante en que el avión empezó a acelerar por la pista de despegue, notó el ardor de las lágrimas bajo los párpados. Con la cantidad de años que pasó insistiéndole a Axel para que compraran una casa en el sur de España... Pero él siempre se negó. Decía que hacía demasiado calor en verano y que prefería tener una cabaña en Åre. Ella había tratado de persuadirlo con la posibilidad de ir a esquiar a Sierra Nevada, pero todo resultó inútil.

Así que allí estaba ahora, una mujer sola en pleno climaterio con alguna que otra cana y gafas para vista cansada. Se sentía sin atractivo, consumida.

Los motores empezaron a acelerar y Lisa notó que el avión se separaba del suelo. «Venga, mujer. Tranquila. Llevas veinte años queriendo tener una casa en España, y ahora ese sueño se ha hecho realidad.»

«Ahora puede ocurrir cualquier cosa.»